

Giré la cabeza y la vi tendida a mi lado. Me dedicaba una mirada tierna, con los ojos entrecerrados, un mechón cubría parte de su cara. Me recordó al día en que la conocí en la cafetería de la universidad, iba todos los días a estudiar mientras se tomaba un café. Yo me había fijado en ella la primera vez que entré en el local, me pareció la chica más guapa que jamás había visto, de una belleza tan terrenal que me enterneció. Poco a poco fui aprendiendo todos sus gestos, mordía su labio inferior constantemente mientras leía los apuntes de clase, retiraba delicadamente de la cara el mechón del flequillo que se empeñaba en molestarla, se mordisqueaba nerviosa las uñas... Y conocer aquellos detalles me hacía sentir cercano a ella.

Con el tiempo llegué a conocerla gracias al camarero de la cafetería, con el que había trabado amistad. Estar cerca de ella, poder escuchar su voz que me hablaba era estupendo. Y no sólo eso, el olor dulce en la cercanía, la nuca atrayente, la sonrisa sincera, prometedora... estaba extasiado. Nuestros encuentros casuales pasaron a ser rutina diaria, hablábamos de las noticias del periódico, del día a día, de nuestros estudios. Cada vez que la veía llegar el corazón aceleraba su ritmo, las mejillas adoptaban un color sonrosado fuerte, las palmas de las manos me sudaban y mi estómago creía estar subido en una montaña rusa. Estaba enamorado. Y creo que ella también. Aunque no tenía la certeza.

Un día no acudí a mi cita con ella, como hacía religiosamente, y recibí su llamada. Estaba preocupada pensando que me había sucedido algo y telefoneó para cerciorarse de que todo iba bien. La invité a cenar esa misma noche y aceptó, era la compensación por haberla asustado. Flores, vestido ceñido y tacón, camisa a rayas y zapatos caros. La velada fue perfecta, con un clímax final que jamás habría soñado, en su cama. Pude disfrutarla plena, nos entregamos suavemente, saboreando el momento, paladeando el placer. Desde entonces estuvimos juntos.

Nos fuimos a vivir a una buhardilla de la zona antigua de la ciudad, muy soleada y ruinoso. Éramos felices el uno con el otro, había comprensión, respeto y amor fiel. Desde que salíamos no me había fijado en otra, ni sentía la necesidad de hacerlo. Ella era mi complemento perfecto. Pero, con el tiempo comencé a pensar que a lo mejor, pasados los años, la relación se iría deteriorando, que dejaría de quererme, o encontraría a alguien mejor que yo que se la llevaría de mi lado. Esos pensamientos que al principio eran simples susurros apenas audibles en mi cabeza fueron tomando fuerza, cada vez se escuchaban más alto aunque me esforzaba por ignorarlos. Seguíamos con nuestra relación perfecta, queriéndonos como el primer día, no dejaría que nada malo nos pasase. Las voces que vivían en mi cerebro insistían en su discurso fatal, había veces que no me dejaban pensar con claridad entonces, para que ella no sospechase de mi angustia, me escondía en el estudio con la excusa de trabajar.

Una noche mientras hacíamos el amor las voces volvieron y al tiempo que disfrutaba de su cuerpo pegado al mío, ellas susurraban cosas horribles a mi oído: descubrirá que estás loco, te dejará, no eres gran cosa... Cada beso me sabía amargo, cada caricia eran quemaduras en la piel. Le dediqué una mirada, dulce, directa a sus ojos llenos de deseo y la sentí más cerca que nunca. ¡Dios! ¡Cómo la quería! En ese momento me di cuenta de lo que vendría a continuación, abrí el cajón de la mesilla, le acaricié el cabello apartando su mechón rebelde, besé primero su sien después sus labios y al tiempo que saboreaba la calidez de su aliento le disparé.

Ahora me mira inerte, su cuerpo aún caliente pegado al mío. *Ya no te irás, todo será perfecto juntos, mi amor*, pienso al tiempo que acaricio su mejilla aún ruborizada.